

Tu rostro, la contraseña que no puedes cambiar



Omar Salinas Silva,
Director Ingeniería Civil Informática Advance UNAB

Cuando una contraseña se filtra, la cambiamos. Si una tarjeta bancaria se compromete, la bloqueamos. Pero cuando lo expuesto es nuestro rostro, no existe reemplazo posible. La biometría facial convierte una característica biológica permanente en una llave digital que no puede renovarse. Sin embargo, en nombre de la comodidad, la estamos entregando con creciente naturalidad.

En Chile, el reconocimiento facial ya forma parte de la vida cotidiana. Desbloqueamos teléfonos, accedemos a servicios bancarios y realizamos trámites digitales mediante validación biométrica. La promesa es atractiva: menos contraseñas y procesos más rápidos. Pero esa eficiencia tiene un costo poco discutido. Los sistemas biométricos transforman nuestro rostro en patrones matemáticos únicos capaces de autenticar identidad. Si esos datos se filtran o son robados, el problema no es temporal, sino permanente.

El caso de Clearview AI, cuestionada por recopilar millones de imágenes sin consentimiento, evidenció los riesgos de este modelo. Cuando una base biométrica se compromete, no existe "botón de reinicio". Y mientras más servicios dependen del rostro como mecanismo de acceso,

mayor es el impacto potencial de una vulneración. A esto se suma la dependencia de infraestructura tecnológica extranjera, que limita el control real sobre dónde y cómo se procesan estos datos.

Además, la biometría no es infalible. Diferencias de precisión según condiciones físicas o ambientales pueden generar errores y exclusiones silenciosas en el acceso a servicios.

La biometría ha permitido reducir fraudes y agilizar trámites, pero también amplía la capacidad de trazabilidad sobre la vida cotidiana. La discusión ya no es solo tecnológica: involucra privacidad, libertades civiles y equilibrio de poder.

Chile necesita una regulación específica para sistemas biométricos e inteligencia artificial, con supervisión independiente y alternativas para quienes no deseen entregar sus datos faciales. La pregunta no es si la biometría funciona, sino cuánto de nuestra autonomía estamos dispuestos a sacrificar por conveniencia. Porque cuando el rostro se transforma en contraseña, la privacidad deja de ser un derecho abstracto y se convierte en una condición básica de libertad.